



Juan Cueto

En primera persona

**“Nos acompañó hasta la escaleri-
lla** del barco que nos sacaría de la guerra. Mis hermanos mayores y mi madre le rogaron por última vez que viniera con nosotros, pero mi padre se negó como siempre, tal vez con la misma sonrisa con que ahora lo recuerdo.

Yo tenía ocho años. Para mí, la Guerra Civil eran piezas que no encajaban, que estallaban a lo lejos, que interrumpían los juegos con mis amigos. Hasta entonces, hasta que mi padre decidió que escapáramos de España, vivíamos una vida tranquila en Colunga, un pequeño pueblo al norte de Asturias, con los acomodados que Pedro, mi abuelo paterno, nos daba después de haber hecho buenos negocios en Iquique con el salitre a fines del siglo diecinueve.

De algún modo, él nos había marcado la aventura. Había viajado tan lejos para “hacer la América” y si bien logró una apreciable fortuna finalmente retornó a Asturias. Siempre digo que a mi abuelo lo conocí y no lo conocí, porque murió cuando yo tenía unos cuatro años. En Colunga, él era un personaje importante, compró muchas propiedades, pero yo lo recuerdo por su coraje. Atreverse a viajar tan lejos era para mí una osadía.

Quizás por eso, no le temí al viaje ni a lo desconocido que nos esperaba a miles de kilómetros de nuestra casa. Quizás por eso, tampoco se me pasó por la cabeza que esa mañana en Gijón, cuando mi padre nos acompañó a la escalerilla del barco que nos sacaría de la guerra, sería la última vez que lo vería.



Mi padre nos dio un beso a cada uno y agitó los brazos en señal de despedida cuando el barco ya había zarpado. En el '37, la guerra lo había sorprendido como alcalde del pueblo, una zona de mineros, muy batalladora, donde los enfrentamien-

tos fueron duros. Había renunciado a su cargo para ir a pelear al frente y hacerles resistencia a los franquistas.

Fue entonces cuando decidió que debíamos irnos, porque las fuerzas de Franco ya estaban llegando a Asturias. Teníamos parientes en Chile y nos embarcamos con mi madre, mi abuelo materno y mis cuatro hermanos. Partimos a América sin saber lo que nos esperaba. Yo no tenía idea adónde íbamos. La respuesta la tuve el 3 de diciembre de 1937 cuando llegamos a Valparaíso. Nos tocó pasar la noche en el barco antes de embarcar. Fue maravilloso. Desde la cubierta mirábamos la ciudad. Los mil ojos de los cerros parpadeándonos a la noche. No conocíamos el mundo, veníamos saliendo de un pueblo chico y llegamos a un lugar que nos maravilló.

Los hermanos de mi madre nos acogieron en Chile. Mantengo una deuda de gratitud con ellos para toda la vida. Tenían un negocio en Santiago llamado Casa Sierra, en Av. Matta con San Diego, donde mi mamá trabajó como cajera y mis hermanos mayores, en lo que fuera para ganar algo de dinero para mantenernos. Mis tíos también nos ayudaron para que estudiáramos en el colegio Hispano Americano, donde comenzamos a formar los lazos con la colonia española.

Yo estaba feliz. Mis hermanos, no tanto. A ellos les tocó afrontar más los efectos de la guerra. Yo era más niño o tal vez por mi carácter creo que pude sobrellevar, a los nueve años, el dolor enorme que significó la noticia del fusilamiento de mi padre por los franquistas. Es una pena que llevo hasta hoy.



Cuando terminé el tercero de Humanidades, me matriculé para ser contador auditor y al mismo tiempo trabajaba con los tíos en el negocio familiar. Fueron

años de mucho esfuerzo para mí y mi familia, en particular para mi madre. En ese tiempo logré hacerme de algunos ahorros para independizarme. Mi sueño en esa época era tener una fuente de soda y fue cuando supe que Gonzalo, mi primo político, estaba instalando una en Diez de Julio con Vicuña Mackenna. Así que me fui a trabajar con él y de esta manera nació, formalmente, mi primer negocio: Café Campoamor.

Era un local que al poco tiempo fue ganando prestigio. Yo atendía la caja, detrás de unos ventanales enormes. Por esa misma esquina, cada tarde, pasaba la micro del colegio al que iban mis hermanas. Con ellas viajaba siempre una compañera que al tiempo conocí. No pasó mucho para que empezáramos a pololear y al poco andar nos casáramos. Con Sonia –que ya cumplimos 61 años juntos– tenemos cinco hijos maravillosos, 21 nietos y una bisnieta.

Yo siempre he sido busquilla, lo era más en esos años, y así me encontré con un amigo del colegio llamado Antonio Martínez que tenía un taller de carteras y nos asociamos. Se nos ocurrió meternos en el negocio del cuero repujado y con una prensa y unas matrices le hacíamos figuras y armábamos carteras, billeteras, moneaderos. Un vendedor me pidió carteras repujadas y otras lisas. Luego me pidió más y más lisas, así que entusiasmé a mi socio por el modelaje de carteras y trabajamos con mucho éxito en esa industria. Fuimos socios y amigos toda una vida.

Por la colonia, me hice muy amigo con los Fluxá y los Mingo. Ellos hacían zapatos, los Joya y los Orlando, respectivamente. Ya en esa época eran grandes y viajaban a Milán a buscar modelajes. Me propusieron que les hiciera carteras. Les hice tres modelos, pero no vendía demasiado.

Nos acercamos a Alejandro Ascui, dueño de Gacel y que venía de Concepción. Fluxá, Ascui y Mingo formaron una sociedad, pero yo, que tenía mi taller de carteras, no estaba como para asociarme con ellos, porque era más bien un artesano y trabajaba con no más de diez per-

“En 1982 intervinieron los bancos y lo perdimos casi todo. Había que volver a empezar.”

sonas. Ellos eran grandes, querían exportar zapatos y no se les ocurrió nada mejor que instalar una tienda llamada Santiago Shoes en pleno Manhattan, en la Quinta con la 55. ¡Eran muy agrandados!

Me pidieron que les entregara carteras para llevárselas a Nueva York. Yo, ratoncito, entre los más grandes fabricantes de zapatos de Chile. No tenía quién me hiciera modelaje de carteras en Chile, pero igual les fabriqué unas pocas. A los pocos meses nos juntamos en Manhattan para ver cómo andaba la cosa. Habían vendido apenas unos 20 pares de zapatos en dos meses, lo que era nada. ¿Carteras? Ninguna. Lo recuerdo muy bien, porque cuando llegamos a contar ellos calcularon que habían vendido 20 pares y que les habían robado tres. Yo no había vendido ni una y no se habían robado ninguna. Me achaqué bastante y les dije: “éstas ni siquiera se las roban”.



Mi drama era que no tenía modelaje para mis carteras, así que partí a Milán a buscarlo. Me volví loco. Era el centro mundial de los artículos de cuero. Ese viaje me cambió la vida, porque regresé entusiasmado a Santiago con muchas muestras y me puse a replicar las carteras acá. Fue un gran éxito que culminó con un negocio de cinco tiendas en Santiago que se llamaban Gucci y Gilioli, y con la apertura un gran local en Ahumada con Agustinas,

al lado del hotel Crillón. Iba dos veces al año a Milán, en invierno y verano. Fueron muy buenos tiempos, un gran negocio y un sueño cumplido para mí en esos años.

En el gobierno de Allende, los operarios se tomaron el taller. Tuvimos que cerrar. Teníamos unos 30 trabajadores y llegamos a un acuerdo: les dejábamos la fábrica instalada, con empleados y les comprábamos las carteras que ellos hicieran. Yo les mandaba el modelaje, las carteras cortadas, ellos las armaban y yo se las compraba. Fue una buena idea y nos resultó porque empezamos a producir cada día más y más. De esta manera pudimos capear los problemas de esos años.

En esa época los activos no valían nada y yo, que tenía algo de plata, comencé a comprar locales en el centro. Fue un acierto. Creo que en los momentos más duros fue cuando tomé las mejores decisiones.

Lo mismo ocurrió al tiempo después, cuando entré en el mundo de la banca. En 1982 intervinieron los bancos y lo perdimos casi todo. Había que volver a empezar, sólo nos quedamos con Fast Air, una empresa aérea de carga con pasivos altísimos y que tenía sólo un avión carguero, al que bautizamos “Principito”, un aparato que resultó ser muy noble y que fue el comienzo de un gran negocio en la industria de la aviación.

Fueron tiempos difíciles, porque la carga aérea se movía poco, pero el negocio comercial con el extranjero iba creciendo. Logramos transportar carga al mundo, pero necesitábamos crecer. Fue ahí cuando negociamos con Lan Chile, que sólo se especializaba en pasajeros, y los convencimos de comprarles espacios para carga en sus aviones. En unos años, toda la capacidad de la carga de los aviones la ocupábamos nosotros. En 1994, hablé con mi amigo Sebastián Piñera, con quienes habíamos trabajado previamente en Bancard y nos asociamos. Nos fue bien, aunque posteriormente él vendió su participación. Compramos Lan Chile ese año, lo que con el tiempo

1937

es el año en que Juan Cueto Sierra con parte de su familia abordan en Gijón el barco que los salvaría de la Guerra Civil Española. En diciembre de ese año llegarían a Valparaíso y desde ahí se trasladarían a Santiago donde se iniciaría el legado.

1973

marcaría un nuevo tropiezo en la carrera empresarial de Juan Cueto. Los operarios de la fábrica se tomaron el taller donde confeccionaba carteras. Pero su agudeza le permitiría sacarle partido a las circunstancias y mantener un negocio en el que se hizo reconocido.



crecería hasta ser LATAM, esta enorme empresa que tenemos hoy. Esa es la historia de nuestro negocio en la aviación. Cuando empezamos teníamos 12 aviones y ahora son 320. ¿Qué más voy a pedir? Desde donde vengo y a mis años, ver ahora lo que hemos construido me llena de orgullo y es la culminación de mi vida como empresario.

Recuerdo perfectamente el día en que, mirando el jardín en mi casa, reflexioné sobre todo lo que había hecho, de dónde había venido, lo mucho que todo me había

costado y me dije: “Se acabaron los problemas gordos”. Problemas flacos siempre va a haber. Pero hoy miro a Sonia, mi mujer, nuestra historia de 61 años juntos, a mis hijos y a mi hija, a mis nietos y nietas, a Ana, mi primera bisnieta, a mí mismo, y pienso en lo afortunado que he sido. Esa fuerza que tienen los inmigrantes no me ha abandonado nunca. Tengo mucho todavía de ese niño que llegó a Valparaíso con su familia huyendo del dolor de la guerra. La curiosidad y el entusiasmo no me han abandonado”.



Juan Cueto y Sonia

Plaza llevan ya 61 años de matrimonio. En mayo pasado se convirtieron por primera vez en bisabuelos.